

# MARÍA EN LA VIDA DE LA IGLESIA Y DE LOS CRISTIANOS

(*Redemptoris Mater*, nn. 25-49)

JOSÉ ANTONIO RIESTRA

## 1. Introducción

Objetivo de estas líneas es estudiar las dos últimas partes de la Encíclica «*Redemptoris Mater*», publicada por el Santo Padre el 25 de marzo de 1987. La primera parte del documento, de la que se ha tratado en el artículo anterior, pone en relación a la Santísima Virgen con Cristo: *María en el misterio de Cristo*. La segunda parte, en cambio, tiene como tema principal el de la Iglesia: *La Madre de Dios en el centro de la Iglesia peregrina*. Son dos títulos que en cierto modo desdoblán el del capítulo VIII de la Constitución Dogmática *Lumen gentium: De Beata Maria Vergine in mysterio Christi et Ecclesiae*. La tercera parte se centra en torno a la mediación de la Virgen, que es un aspecto esencial de su presencia en el misterio de Cristo y de la Iglesia.

Es conocida la importancia catalizadora que en el campo de la Mariología católica tuvo el Congreso mariano-mariológico internacional que se celebró en 1958 en Lourdes<sup>1</sup>. Aparecieron allí de modo evidente dos corrientes mariológicas claramente diferenciadas, ambas con planteamientos que afectaban no ya a un punto particular sino a la totalidad de la Mariología: la tendencia cristológica y la tendencia eclesiológica<sup>2</sup>. La primera hace girar

---

1. Cfr. Las actas de este Congreso están publicadas en AA. VV., *Maria et Ecclesia*, Roma 1959-1968, 16 vols.

2. Sobre estos antecedentes, cfr. lo que se ha dicho en el artículo anterior, de J. L. BASTERO, y también C. POZO, *Las tendencias existentes en la mariología católica contemporánea*, en «*Doctor Communis*» 26 (1973) 189 ss.; R. LAURENTIN, *La question mariale*, Paris 1963, que originó cierta polémica. Entre los que no compartían sus opiniones destacó J. A. DE ALDAMA, *De quaestione Mariale in hodierna vita Ecclesiae*, Roma 1964.

la Mariología en torno a la Maternidad divina de Santa María, que la introduce en el orden hipostático y de donde arrancan todos sus otros privilegios. La segunda, en cambio, centra el estudio de esta disciplina teológica alrededor de Santa María como tipo de la Iglesia, que fundamenta el paralelismo entre María y la Iglesia, y de donde proceden como de su raíz los privilegios marianos.

La oposición entre estos dos modos de concebir la Mariología se reflejó durante el Concilio Vaticano II en los debates en torno al capítulo VIII de la Constitución Dogmática *Lumen gentium*. Esta diversa manera de enfocar la Mariología sale a la luz, por ejemplo, en las discusiones conciliares en torno a si el esquema sobre la Santísima Virgen debía o no ser insertado en la Constitución sobre la Iglesia<sup>3</sup>, y en torno a la caracterización de Santa María como Madre de la Iglesia<sup>4</sup>, que para algunos comportaba la afirmación de la trascendencia de Santa María sobre la Iglesia, lo que suponría una ruptura del paralelismo que defendían<sup>5</sup>.

## 2. El misterio de la Iglesia

La segunda parte de la Encíclica enlaza con la anterior a través del último párrafo de la primera parte que le sirve de preparación debido al tema que desarrolla. La primera parte, en efecto, termina recordando, en los

3. Para C. POZO, el momento en que este problema se puso a votación en el Aula Conciliar, durante la Congregación General 57<sup>a</sup>, el 29 de octubre de 1963, representa la «línea divisoria no sólo de una mera colocación externa de la doctrina, sino de la misma orientación mariológica del Concilio», *o. c.*, p. 212.

4. Resulta interesante notar como el Esquema que se distribuyó durante la 25<sup>a</sup> Congregación General, el 23.XI.62, llevaba por título, «*Schema Constitutionis Dogmaticae de Beata Maria Vergine, Matre Dei et Matre hominum*» (A. S. I/IV, pp. 92-121), mientras que el que se distribuyó el 29.X.1963, durante la 57<sup>a</sup> Congregación General, como esquema separado, se llamaba en esa ocasión, «*Schema Constitutionis Dogmaticae de Beata Maria Vergine Matre Ecclesiae*» (A. S. II/III, p. 300): el contenido era idéntico, tan sólo cambiaba el título.

5. Cfr. C. POZO, *o. c.*, p. 219; G. PHILIPS, *La Iglesia y su misterio en el Concilio Vaticano II*, t. II, Barcelona 1969, pp. 273 ss. Como es sabido Pablo VI, el 21.XI.64 proclamó a María Santísima Madre de la Iglesia (cfr. AAS 56 (1964) 1015). Ya antes, en diversas ocasiones había manifestado su esperanza de que el Concilio proclamara a la Santísima Virgen Madre de la Iglesia. Cfr. A. STACPOOLE, *Mary's Place in «Lumen Gentium»*, *Vatican II's Constitution on the Church*, «*The Clery Review*» 1 (1987) 117-123; R. CASANOVAS, *El título «Madre de la Iglesia» en los textos y en las actas del Concilio Vaticano II*, en «*Ephemerides Mariologicae*» 32 (1982) 237-264; A. MOLINA PRIETO, *María «Mater Ecclesiae» en los documentos pontificios*, en «*Ephemerides Mariologicae*» 32 (1982) 201-222; A. RIVERA, *Boletín bibliográfico de Mariología. María, Madre de la Iglesia desde el Vaticano II*, en «*Scripta de Maria*» 1 (1978) 473-486; *Bibliografía sobre María Madre de la Iglesia*, en «*Ephemerides Mariologicae*» 32 (1982) 265-271.

nn. 23 y 24, la maternidad espiritual de la Virgen. Desde lo alto de la Cruz, Cristo subraya este vínculo de Santa María con los hombres: «se puede decir que, si la maternidad de María respecto de los hombres ya había sido delineada precedentemente, ahora es precisada y establecida claramente; ella emerge de la definitiva maduración del misterio pascual del Redentor»<sup>6</sup>. La maternidad divina de la Virgen encontrará así su reflejo y su prolongación en su maternidad respecto a la Iglesia<sup>7</sup>.

El primero de los tres apartados de que consta la segunda parte de la Encíclica está dedicado a la contemplación de la Iglesia peregrina en relación con la Santísima Virgen (nn. 25-29). El Santo Padre inicia citando el último párrafo del denso n. 9 de la Constitución Dogmática *Lumen gentium*<sup>8</sup>, que como es sabido trata de la Iglesia como Pueblo de Dios. Se subrayan dos características de este Pueblo: una, su configuración como la congregación de todos los creyentes que miran a Jesús como autor de la salvación y principio de la unidad y de la paz; otra, el carácter peregrinante de la Iglesia, no sólo exterior —en el sentido de desarrollo en el tiempo y en el espacio—, sino sobre todo interior: «el carácter esencial de su camino es interior. Se trata de una peregrinación a través de la fe»<sup>9</sup>.

La fe es uno de los vínculos internos que aglutinan a la Iglesia. Es esta una doctrina clásica en la Iglesia. Santo Tomás afirmaba que todos los cristianos *per fidem in uno credito uniuntur*<sup>10</sup>. La fe es el primer vínculo de la unidad de la Iglesia, el fundamento de todos los demás. Lo señalaba Pío XII, en el Encíclica *Mystici corporis*, cuando decía que la fe nos une con Cristo «porque cuantos somos creyentes, teniendo (...) el mismo espíritu de fe, nos alumbramos con la misma luz de Cristo, nos alimentamos con el mismo man-

6. JUAN PABLO II, Carta Encíclica *Redemptoris Mater*, n. 23. Para las citas sucesivas utilizaremos la sigla R. M. Los subrayados de la Encíclica se encuentran en el original.

7. Cfr. R. M., n. 24. Para ver en el Magisterio de Juan Pablo II algunos antecedentes de la doctrina que enseña esta Encíclica, cfr. J. STOHR-G. ROVIRA, *María, Madre de nuestra fe y de las gracias*, en «Scripta de María» 7 (1984) 511-525.

8. Los nn. 9, 13 y 65 de la Constitución *Lumen gentium* son los más citados en este apartado: 4 veces cada uno. En adelante, citaremos en nota esta Constitución con la sigla L.G.

9. R.M., n. 25.

10. *In III Sent.*, d. 13, q. 2, a. 2, sol. 2. Sobre el carácter unitivo de la fe, trata también S. TOMÁS en: *S. Th.*, II-II, q. 1, a. 9 ad 3; *In I Ep. ad Tim.*, c. 6, lect. 4; *In IV Sent.*, d. 13, q. 2, a. 1; *In I Decret.*, c. 3. En torno a este tema pueden consultarse, vgr., A. OSUNA, *La doctrina de los Estadios de la Iglesia en Santo Tomás*, en «La Ciencia Tomista» 88 (1961) 231-246; O. DOMÍNGUEZ, *La fe, fundamento del Cuerpo Místico de la doctrina del Angélico*, en «La Ciencia Tomista» 76 (1949) 550-587; Ch. JOURNET, *L'Eglise du Verbe Incarne*, t. II: *Sa structure interne et son unité catholique*, Paris 1951.

jar de Cristo y somos gobernados por la misma autoridad y magisterio de Cristo; y si en todos florece el mismo espíritu de fe, vivimos todos también la misma vida en la fe del Hijo de Dios, que nos amó y se entregó por nosotros»<sup>11</sup>.

Subraya también el Papa el carácter peregrinante de la Iglesia, pero no tanto en su dimensión histórica, visible —la Iglesia que se extiende por todos los lugares hasta el final de los tiempos—, cuanto en su dimensión espiritual, interna: es el juego de la gracia crística y de la libertad humana en «la historia de las almas»<sup>12</sup>, y es la acción del Espíritu Santo que continuamente santifica la Iglesia<sup>13</sup>, la renueva<sup>14</sup> y la guía para que continúe la obra de Cristo<sup>15</sup>.

En este peregrinar de la Iglesia descuella de modo particular la presencia de María<sup>16</sup>. María está presente en el momento mismo en que inicia la peregrinación de la Iglesia a través de la historia: el día de Pentecostés. El camino de fe de la Iglesia que comienza en el Cenáculo se encuentra con el de Santa María, que tuvo su inicio en Nazaret en el momento de la Anunciación.

¿Cómo se realiza el encuentro entre estos dos caminos? La Encíclica comienza afirmando un aspecto que parecería ser más bien un elemento distanciador: la Virgen no ha recibido directamente la misión apostólica<sup>17</sup>. Santa María, Madre de Dios, es, en cambio, «un testigo singular del misterio de Cristo»<sup>18</sup>, «ha sido la primera en creer»<sup>19</sup>.

El hecho de que la Virgen sea un testigo excepcional del misterio del Verbo encarnado, implica que «María pertenece indisolublemente al misterio

11. AAS 35 (1943) 227. Utilizaremos la traducción de R. GALINDO, en *Colección de Encíclicas y Documentos Pontificios*, Tomo I, Madrid 1967.

12. R.M., n. 25.

13. Cfr. L.G., n. 4.

14. Cfr. Constitución Pastoral *Gaudium et spes*, n. 21.

15. Cfr. *Gaudium et spes*, n. 3.

16. El tema de la presencia ha cobrado mayor fuerza en el campo antropológico debido al influjo de la filosofía personalista. Por lo que se refiere a la presencia de María, tan subrayada por S. Luis de Montfort, a quien el Papa aludirá más adelante en el n. 48 de la Encíclica, la especulación teológica más reciente tiende a explicarla en base a su condición gloriosa tras la Asunción, que haría posible su presencia de manera invisible y espiritual, junto a sus hijos los hombres. Cfr. A. PIZZARELLI, *Presenza*, en «Nuovo Dizionario di Mariologia», Cinesello-Balsamo 1985, pp. 1161-1169.

17. Cfr. R.M., n. 26.

18. *Ibid.*

19. *Ibid.* La fe de Santa María constituye, como es sabido, el tema fundamental de la primera parte de la Encíclica.

de Cristo y pertenece además al misterio de Cristo desde el comienzo, desde el día de su nacimiento»<sup>20</sup>. Por eso la profundización sobre lo que se ha llamado el misterio de María implica una mayor comprensión de la cristología, y por eso anunciar a Cristo supone siempre predicar a su Madre, y cuanto más se honra a Cristo más se venera a su Madre<sup>21</sup>: «cuando la Iglesia entra más profundamente en el sumo misterio de la Encarnación, piensa en la Madre de Cristo con profunda veneración y piedad»<sup>22</sup>.

La Virgen ha sido la primera en creer. Por eso, «al conocimiento del misterio de Cristo sigue la bendición de su Madre bajo forma de especial veneración para la *Theotókos*. Pero en esa veneración está incluida siempre la bendición de su fe. Porque la Virgen de Nazaret ha llegado a ser bienaventurada por medio de esta fe, de acuerdo con las palabras de Isabel»<sup>23</sup>.

Esta prioridad de la fe de la Virgen por un lado es temporal: ha sido su fe la que señaló, la que ha hecho posible «el comienzo de la nueva y eterna Alianza de Dios con la humanidad en Jesucristo»<sup>24</sup>. Su fe pertenece ya al Nuevo Testamento. Desde ese momento hasta el Calvario, «María siguió paso tras paso a Jesús en su maternal peregrinación de fe»<sup>25</sup>. Por otro lado, se trata de una prioridad de carácter modélico y tipológico: los cristianos «*en cierto sentido, participan de la fe de María*»<sup>26</sup>. ¿Cómo tiene lugar este tipo de participación? No sólo por la veneración o el recurso confiado a Ella, sino de modo particular mediante la búsqueda en la fe de la Virgen de un apoyo para la propia fe<sup>27</sup>. Y es esta búsqueda la que explica esa «geografía»

20. R.M., n. 27.

21. Esta idea la expresaba ya de otro modo el beato abad Aelred de Rielvaux: «Nos illi (Mariae) debemus honorem, quia esta Mater Domini nostri. Qui enim non honorat matrem, sine dubio inhonorat filium»: *Sermo 20*, P. L. 195, 323.

22. R. M., n. 27. El Papa cita aquí la Constitución Dogmática *Lumen gentium*, n. 65. Mientras el Concilio subraya que Santa María conduce siempre a Cristo —«La Iglesia, reflexionando piadosamente sobre ella (la Virgen) y contemplándola a la luz del Verbo hecho hombre, entra más completamente, con espíritu de veneración, en el sumo misterio de la encarnación...»—, el Papa aborda esta realidad desde el otro extremo: no se puede profundizar en el misterio de Cristo al margen de Santa María. Y volverá a recordarlo en la tercera parte de la Encíclica.

23. R.M., n. 27.

24. *Ibid.*

25. R. M., n. 26.

26. R.M., n. 27. Sobre este tema vid., C. FABRO, *La partecipazione di Maria alla grazia di Cristo secondo S. Tommaso*, en «Ephemerides Mariologiae» 24 (1974) 389-406.

27. Resulta elocuente que nunca habla el Papa en esta Encíclica de la fe de Cristo, ni siquiera en este momento, cuando se presenta la fe de María como apoyo de la fe de los cristianos, cuando se habla de participación y en cierto modo de casi una

de la fe de que habla el Papa<sup>28</sup>. La fe de la Virgen es sí un ejemplo para todos los cristianos, pero es más, pues su maternidad espiritual es tipo de la maternidad de la Iglesia, pues, como enseña el último Concilio, la Virgen coopera con amor de Madre a la regeneración y formación de los creyentes<sup>29</sup>.

### 3. *La unidad de los cristianos*

Se refiere la Encíclica en este apartado al ecumenismo, que caracteriza de modo especial el caminar de la Iglesia en la época actual. Como señala el Papa, el Concilio Vaticano II ha sido un momento particularmente importante, en la Iglesia católica, del movimiento ecuménico<sup>30</sup>. Citando la Constitución Dogmática *Lumen gentium* n. 69, recuerda que «ofrece gran gozo y consuelo para este sacrosanto Concilio el hecho de que tampoco falten entre los hermanos separados quienes tributan debido honor a la Madre del Señor y Salvador, especialmente entre los Orientales»<sup>31</sup>. Pero recuerda también la existencia de discrepancias doctrinales importantes no sólo en lo que respecta al misterio de la Iglesia sino también a veces sobre la función de María en la obra de la salvación<sup>32</sup>.

Al considerar estas dificultades, conviene referirse de modo diverso, y así lo hace la Encíclica, al diálogo ecuménico con los orientales separados y con los protestantes. Efectivamente, las diferencias doctrinales con los orientales separados, en mariología, pueden ser superadas sin excesivas dificultades. Es interesante notar cómo el Decreto *Unitatis redintegratio*, del Concilio Va-

---

identificación entre su fe y la del pueblo de Dios (cfr. n. 28). En efecto, el ejemplo más alto de la virtud de la fe nos lo da Santa María, no Cristo, que careció de ella. Sobre este argumento, cfr. J. H. NICOLAS, *Synthèse dogmatique. De la Trinité a la Trinité*, Fribourg (S.) 1985, pp. 366 ss.; M. MILANO, *Il Cristo e la fede nel pensiero di S. Tommaso*, Roma 1985; F. DREYFUS, *Jésus savait-il qu'il était Dieu?*, Paris 1984; J. GALOT, *Gesù ha avuto la fede?*, en «Civiltà cattolica» 133 (1982) III, 460-472.

28. Cfr. R.M., n. 28.

29. Cfr. L.G., n. 63.

30. Cfr. R. M., n. 29. Acerca del significado ecuménico de la Encíclica en sí misma, cfr. el comentario de P. DUPREY, *L'importanza ecumenica della «Redemptoris Mater»*, en «L'Osservatore Romano», 30.V.87. Sobre los problemas ecuménicos que afectan a la Mariología, vid. C. POZO, o. c., pp. 65-104; D. BERTETTO, *Maria e i Protestanti*, Roma 1957; *La Madonna e l'Ecumenismo*, Roma 1966; A.A. VV., *De Mariologia et Oecumenismo*, Roma 1962; M. GORDILLO, *Mariologia Orientalis*, Roma 1954; J. GALOT, *Maria, la donna nell'opera di salvezza*, Roma 1984, pp. 379-415.

31. R.M., n. 29.

32. Cfr. R.M., n. 30. Es una cita implícita del Decreto *Unitatis redintegratio*, n. 20, como se recuerda en nota a pie de página.

ticano II, cuando trata de los orientales separados alude a la doctrina mariana como a uno de los aspectos positivos que pueden servir de punto de encuentro. En cambio, cuando trata de los protestantes, esa doctrina aparece como uno de los puntos de división<sup>33</sup>. Con los orientales separados tenemos en común la fe en la Maternidad divina, en la Virginitad perpetua, en la Santidad plena, en la maternidad espiritual, en la cooperación de la Virgen en la Redención y en la glorificación de Santa María<sup>34</sup>. Los problemas se centran sobre todo en torno a los dogmas de la Inmaculada Concepción y de la Asunción de la Virgen. Dejando aparte las diferencias existentes a la hora de exponer la doctrina que estos dogmas encierran, y que podrían ser reconducidas a los veneros de una Tradición común, se ha escrito que, a veces, la oposición que estos dogmas han encontrado entre teólogos ortodoxos era en ocasiones más bien una oposición a la autoridad que los proclamaba<sup>35</sup>. También se ha dicho que la mariología no ha encontrado su puesto y una clara sistematización en la teología ortodoxa, que en este sentido habría quedado desfasada en relación al culto y a la veneración que la Santísima Virgen recibe en la piedad de la Iglesia ortodoxa<sup>36</sup>.

La Encíclica menciona este patrimonio común, cuando subraya «cuán profundamente unidas se sienten la Iglesia católica, la Iglesia ortodoxa y las antiguas Iglesias orientales por el amor y por la alabanza a la *Theotókos*»<sup>37</sup>. El Santo Padre se refiere también a la confianza ilimitada con que los cristianos orientales, a lo largo de su historia, no siempre fácil, han mirado a María. Aludiendo a las diversas tradiciones de las antiguas Iglesias orientales, a la tradición y a la liturgia de la Iglesia bizantina, explica que no resulta sorprendente el lugar privilegiado que la Virgen ocupa en el culto de estas Iglesias y la devoción profunda de los fieles hacia la Madre de Dios<sup>38</sup>, de la que los iconos son una particular manifestación<sup>39</sup>. Este común amor y alabanza a la Santísima Virgen debe ser un estímulo en la búsqueda de la unidad: «ante la Madre de Cristo nos sentimos verdaderamente hermanos y hermanas en

33. Cfr. Decreto *Unitatis redintegratio*, nn. 15 y 20.

34. Cfr. sobre este aspecto, D. STIERNON, *Marie dans la Théologie orthodoxe greco-russe*, en H. Du Manoir (dir.), *Marie. Etudes sur la Sainte Vierge*, vol. 7, Paris 1964, pp. 239-338.

35. Cfr. J. GALOT, *o. c.*, pp. 384-385. Cfr. también el interesante artículo del teólogo ortodoxo, A. STAWROWSKY, *La Sainte Vierge Marie. La doctrine de l'Inmaculée Conception*, en «Marianum» 35 (1973) 36-112.

36. Cfr. A. KNIAREFF, *La place de Marie dans la piété orthodoxe*, en «Etudes Mariales» 19 (1962) 123-143.

37. R.M., n. 31.

38. Cfr. R.M., nn. 31 y 32.

39. Cfr. R.M., n. 33.

el ámbito de aquel pueblo mesiánico, llamado a ser una única familia de Dios en la tierra»<sup>40</sup>.

Más complejo resulta en cambio el diálogo con los protestantes. La dificultad principal estriba en el rechazo de cualquier tipo de cooperación activa del hombre en la salvación, que viene sólo de Dios. Este principio afecta a la mariología. Basta pensar en la doctrina católica sobre la mediación y la cooperación de la Virgen en la obra de la Redención<sup>41</sup>. Aunque los reformadores admitieron diversos privilegios marianos<sup>42</sup>, «fueron unánimes en rechazar la mediación de María y, consecuentemente, su invocación; la unanimidad es absoluta, una vez pasados los momentos de tanteo que fueron indispensables en el proceso en virtud del cual la intuición de Lutero se convirtió en sistema»<sup>43</sup>. En los últimos años se observa una mayor inteligencia de la doctrina católica en algunos teólogos protestantes, a la vez que una mayor explicitación de la mediación de María por parte católica. Así parecen indicarlo las declaraciones ecuménicas sobre el papel de María en la obra de la salvación y sobre la veneración de María que tuvieron lugar durante los Congresos Mariológicos Internacionales de Roma (mayo de 1975), de Zaragoza (octubre de 1979) y de Malta (septiembre de 1983)<sup>44</sup>. Consciente de esta dificultad, el Concilio Vaticano II no quiso, sin embargo, dejar de recordar, como hemos visto, la existencia de esta diferencia fundamental<sup>45</sup>. El Santo Padre recuerda también que «los cristianos saben que su unidad se conseguirá verdaderamente sólo si se funda en la unidad de su fe»<sup>46</sup>. En este camino, María, nuestra Madre común, que reza por la unidad de la fe, puede pasar de ser punto de divergencias a ser punto de encuentro y de apoyo para la plena unidad, precisamente por la estrecha relación que hay entre Cristo, María y la Iglesia: «Los diferentes coloquios, tenidos por la Iglesia católica con las Iglesias y las Comunidades eclesiales de Occidente, convergen cada vez más sobre estos *dos aspectos inseparables* del mismo misterio de la salvación. Si

40. R.M., n. 50.

41. Cfr. sobre estos aspectos, C. POZO, *María en la obra de la salvación*, Madrid 1974, pp. 75 ss.; J. GALOT, *o. c.*, pp. 386 ss. Sobre la particular posición del Anglicanismo, cfr. G. CORR, *Anglicani*, en «Nuovo Dizionario di Mariologia», cit., pp. 39-50, con la bibliografía allí recogida.

42. Cfr. E. STAKEMEIER, *De Beata Maria Vergine Eiusque cultu iuxta reformatores*, en AA. VV., *De Mariologia et Oecumenismo*, cit., pp. 423-477.

43. C. POZO, *o. c.*, en nota 41, p. 76.

44. Los textos de estas declaraciones pueden encontrarse respectivamente en «Ephemerides Mariologicae» 25 (1975) 423; 29 (1979) 358-360; 34 (1984) 103-105; cfr. al respecto C. POZO, *Dos Declaraciones Ecuménicas Marianas. De Zaragoza (1979) a Malta (1983)*, en «Scripta de Maria» 7 (1984) 527-543.

45. Cfr. Decreto *Unitatis redintegratio*, n. 20.

46. R. M., n. 30.

el misterio del Verbo encarnado nos permite vislumbrar el misterio de la maternidad divina y si, a su vez, la contemplación de la Madre de Dios nos introduce en una comprensión más profunda del misterio de la Encarnación, lo mismo se debe decir del misterio de la Iglesia y de la función de María en la obra de la salvación»<sup>47</sup>. En la común profundización de estos misterios, es ya «un buen auspicio que estas Iglesias y Comunidades eclesiales concuerden con la Iglesia católica en puntos fundamentales de la fe cristiana, incluso en lo concerniente a la Virgen María»<sup>48</sup>. Particular importancia tiene también, por el eco que el tema encuentra en la piedad protestante, la profundización en la «obediencia de la fe» de la Virgen: «Es necesario que los cristianos profundicen en sí mismos y en cada una de sus comunidades aquella obediencia de la fe de la que María es el primer y más claro ejemplo»<sup>49</sup>. Esta búsqueda de la unión es para la Iglesia católica una manifestación de su obediencia a Cristo<sup>50</sup>.

#### 4. *El Magnificat de la Virgen*

Uno de los modos como la Virgen está presente en el camino de fe de la Iglesia que peregrina hacia la eternidad, es por medio del *Magnificat*, que, «salido de la fe profunda de María en la visitación, no deja de vibrar en el corazón de la Iglesia a través de los siglos. Lo prueba su recitación diaria en la liturgia de las Vísperas y en otros muchos momentos de devoción tanto personal como comunitaria»<sup>51</sup>.

En esta consideración del *Magnificat*, podría decirse que la Encíclica resalta tres aspectos. Por un lado, el cántico de la Virgen constituye «una inspirada profesión de su fe, en la que la respuesta a la palabra de la revelación se expresa con la elevación espiritual y poética de todo su ser hacia Dios»<sup>52</sup>. Lo que en el momento de la Anunciación permanecía escondido en la profundidad de la obediencia de la fe de la Virgen, adquiere ahora una expresión y una dimensión pública. Resplandece en el cántico la fidelidad de Dios que no ha olvidado las promesas antiguas, su misericordia y su amor, pero resplandece también la conciencia que Santa María tenía de ser testigo único y excepcional de ese eterno amor «que, como un don irrevocable, entra en

47. *Ibid.*

48. *Ibid.*

49. R. M., n. 29.

50. Cfr. R. M., n. 35.

51. *Ibid.*

52. R. M., n. 36.

*la historia del hombre.* María es la primera en participar de esta nueva revelación de Dios y, a través de ella, de esta nueva autodonación de Dios»<sup>53</sup>. María alaba a Dios no sólo porque ha hecho cosas grandes, sino también porque las hecho en Ella. Es consciente de ser la Madre de Cristo, y de que por tanto en Ella se cumplen las antiguas promesas y en Ella converge toda la economía de la salvación, dándose inicio a una nueva era<sup>54</sup>.

En segundo lugar, mediante la asidua meditación del *Magnificat* la Iglesia se ve confortada con la fuerza de la verdad sobre Dios, proclamada en las palabras del Cántico con tanta sencillez, y al mismo tiempo es espolada a iluminar con esta verdad sobre Dios la existencia terrena de los hombres<sup>55</sup>. La Virgen aparece así contrapuesta como nueva Eva a aquella otra Eva que permitió que arraigaran la duda y la sospecha que el padre de la mentira sembró en su corazón. María, por el contrario, «proclama con fuerza la verdad *no ofuscada* sobre Dios»<sup>56</sup>: Dios, santo, todopoderoso y fuente de todo don, creó al hombre a su imagen y semejanza. Y a pesar del pecado de nuestros primeros padres, el amor de Dios fue más fuerte y se dió en el Hijo<sup>57</sup>: «María es el primer testimonio de esta maravillosa verdad, que se realizará plenamente mediante lo que hizo y enseñó su Hijo (cf. Hch. 1, 1) y, definitivamente mediante su Cruz y resurrección»<sup>58</sup>.

Finalmente, el canto del *Magnificat* recuerda a la Iglesia su amor preferencial por los pobres, y que de este modo «renueva cada vez mejor en sí la conciencia de que *no se puede separar la verdad sobre Dios que salva*, sobre Dios que es fuente de todo don, *de la manifestación de su amor preferencial por los pobres y los humildes*, que, cantado en el *Magnificat*, se encuentra luego expresado en las palabras y obras de Jesús»<sup>59</sup>. Como señala la Encíclica, «se trata de temas y problemas orgánicamente relacionados con el *sentido cristiano de la libertad y de la liberación*»<sup>60</sup>. No se puede efectivamente pensar de un modo reductivo que la salvación obrada por Cristo sea un privilegio de los pobres y marginados. Sostener esto significa no haber entendido

53. *Ibid.*

54. *Ibid.*

55. Cfr. R. M., n. 37.

56. R. M., n. 37.

57. Meditando estos misterios, J. ESCRIVÁ DE BALAGUER escribía: «La Trinidad se ha enamorado del hombre, elevado al orden de la gracia y hecho a su imagen y semejanza (Gen. 1, 26); lo ha redimido del pecado —del pecado de Adán que sobre toda su descendencia recayó, y de los pecados personales de cada uno— y desea vivamente morar en el alma nuestra»: *Es Cristo que pasa*, Madrid 1987<sup>24</sup>, p. 189.

58. R. M., n. 37.

59. *Ibid.*

60. *Ibid.*

el mensaje del *Magnificat*<sup>61</sup>. Por eso la Encíclica remite en este punto a la Instrucción *Libertatis conscientia* de la Congregación para la Doctrina de la Fe, cuando dice que «dependiendo totalmente de Dios y plenamente orientada hacia El por el empuje de su fe, María, al lado de su Hijo, es la imagen más perfecta de la libertad y de la liberación de la humanidad y del cosmos»<sup>62</sup>.

### 5. La mediación materna

Así como la segunda parte de la Encíclica estaba dedicada a la contemplación de la Madre de Dios en el centro de la Iglesia peregrina, la tercera y última parte se centra en la consideración de la mediación materna de la Virgen.

La Encíclica se presenta aquí como un detallado comentario de las enseñanzas del Concilio sobre la mediación de la Virgen, siguiendo con atención la sección III del capítulo VIII de la Constitución *Lumen gentium*, que es donde se recogió esta doctrina<sup>63</sup>.

Uno de los puntos en que divergían la corriente cristológica y la ecle-siológica era precisamente la caracterización de la cooperación de la Virgen en la obra de la Redención<sup>64</sup>. Estas posturas reflejan también unas preocupaciones teológicas similares a las que habían surgido unas décadas antes con motivo del movimiento iniciado en Bélgica por el Cardenal Mercier con vistas a una definición dogmática de la mediación de Santa María<sup>65</sup>.

61. Una buena síntesis de los estudios actuales sobre el «Magnificat» se puede encontrar en E. PERETTO, *Magnificat*, en «Nuovo Dizionario di Mariologia», pp. 853-865. Cfr. también R. LAURENTIN, *Structure et Théologie du Luc I-II*, Paris 1964, con abundante bibliografía; L. DíEZ MERINO, *Desde ahora me felicitarán todas las generaciones*, en «Scripta de María» 9 (1986) 7-26; G. ROSCHINI, *Il «Magnificat» cantico della Vergine*, en «Marianum» 31 (1969) 260-323.

62. N. 97 de la Instrucción. El subrayado es de la Encíclica, que recoge el texto en su n. 37.

63. Esta sección comprende los nn. 60 a 65 de *Lumen gentium*. En la Encíclica se citan 2 veces el n. 60; 3 el n. 61; 10 el n. 62; 6 el n. 63; 5 el n. 64, y 1 el n. 65. Habría que añadir también una vez más la cita de los nn. 60, 61 y 62, si tenemos en cuenta el otro lugar donde la Encíclica se refiere a la mediación materna, su n. 22, de la primera parte. Cfr. también Ch. W. NEUMANN, *Mary and the Church. Arts. 60 to 65*, en «Marian Studies» 37 (1986) 96-142.

64. Cfr. sobre este tema, C. POZO, *María en la obra de la salvación*, o. c., pp. 42-50; cfr. también, A. RIVERA, *Boletín bibliográfico sobre la mediación*, en «Ephemerides Mariologicae» 24 (1974) 449-470.

65. Cfr. al respecto el II Simposio Mariológico Internacional, celebrado en Roma en 1978: AA. VV., *Il ruolo di Maria nell'oggi della chiesa e del mondo*, Roma 1979.

Es también llamativo el elevado número de peticiones —algunos centenares— que se encuentran en las propuestas que durante la fase antepreparatoria del Concilio Vaticano II hicieron numerosos obispos, superiores religiosos y ateneos teológicos, en favor de una definición dogmática de la mediación de la Virgen. Como es sabido, el Concilio no acogió esta petición, si bien expuso de modo claro la doctrina católica sobre la mediación, que fue uno de los puntos más trabajados del capítulo VIII de *Lumen gentium*. En la elaboración de esta temática el Concilio no quiso tampoco dirimir problemas que eran aún objeto de discusión entre los teólogos y prefirió detenerse en los elementos esenciales de la fe de la Iglesia sobre este punto<sup>66</sup>. Al mismo tiempo, por motivos de tipo ecuménico, prefirió no usar una terminología que para los protestantes podía resultar difícil de aceptar, y así, en vez de referirse a la mediación o a la corredención de la Virgen, utilizó otras expresiones similares para referirse a la cooperación de María en la obra de la salvación<sup>67</sup>.

## 6. *La cooperación de la Virgen*

La Encíclica comienza recordando en su número 38 la doctrina general sobre la mediación del Concilio Vaticano II. Citando 1 Tim 2, 5-6, señala que existe un solo mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús. La misión materna de la Virgen no oculta ni disminuye la mediación única de Cristo, sino que es una manifestación más de su eficacia. El influjo salvífico de María dimana del beneplácito divino y de la sobreabundancia de los méritos de Cristo, y se apoya sobre su mediación<sup>68</sup>.

66. El Concilio «no tiene la intención de proponer una doctrina completa sobre María ni resolver las cuestiones que aún no ha dilucidado plenamente la investigación de los teólogos. Así, pues, siguen conservando sus derechos las opiniones que en las escuelas católicas se proponen libremente acerca de aquella que, después de Cristo, ocupa en la Santa Iglesia el lugar más alto y a la vez el más próximo a nosotros» (L. G., n. 54).

67. Sólo en una ocasión, en el n. 62, se llama Medianera a la Virgen. En general, el Concilio suele referirse a la función materna de Santa María, o prefiere emplear títulos como los de asociada del Señor, esclava del Señor, etc. Esto no obsta para que, como se ha escrito, «frente a la concepción protestante de María como pasiva en la obra de la redención, el Concilio» subraye «fuertemente la cooperación de María en la economía de la salvación, sea con fórmulas generales, sea con una referencia explícita al consentimiento que María prestó en la Anunciación, sea, igualmente, mostrándola unida, junto a la cruz, a los dolores del Hijo»: C. POZO, o. c. en nota 64, p. 114.

68. Cfr. R. M., n. 38 y L. G., n. 60.

El Concilio Vaticano II, que afirma la unicidad de la mediación de Cristo, funda en ella la mediación de la Virgen. En realidad, la existencia misma del sacerdocio, sea el ministerial sea el común, implica ya la posibilidad de esa mediación, que tiene su fundamento en Cristo: «Jamás podrá compararse criatura alguna con el Verbo Encarnado y Redentor; pero así como el sacerdocio de Cristo es participado tanto por los ministros sagrados cuanto por el pueblo fiel de formas diversas (...) así también la mediación única del Redentor no excluye, sino que suscita en las criaturas diversas clases de cooperación, participada de la única fuente»<sup>69</sup>.

La Encíclica indica que la mediación de la Virgen, mantenida por el Espíritu Santo, es una mediación participada, subordinada a la mediación de Cristo<sup>70</sup>. Como se ha dicho, «il Santo Padre sottolinea in modo molto forte l'unicità della mediazione di Gesù Cristo, tuttavia questa unicità non è esclusiva ma inclusiva, cioè essa rende possibili forme di partecipazione. In altre parole: l'unicità di Cristo non cancella la reciprocità e la collaborazione degli uomini tra di loro davanti a Dio, così che tutti possono essere, in molteplici forme, l'uno per l'altro, mediatori verso Dio in comunione con Gesù Cristo»<sup>71</sup>.

Esto, que evidentemente se aplica también, como acabamos de ver, a la Santísima Virgen no obsta para que su mediación se distinga de la de las demás criaturas: «la mediación de María *está íntimamente unida a su maternidad* y posee un carácter específicamente materno que la distingue de la de las demás criaturas»<sup>72</sup>. El Papa señala a continuación algunos de los rasgos que hacen que la función de mediación de la Virgen sea «*especial y extraordinaria*»<sup>73</sup>.

Se trata, en primer lugar, de una función que brota de la maternidad divina de la Virgen: «la maternidad de María, impregnada profundamente por la actitud sponsal de esclava del Señor, constituye la dimensión primera y fundamental de aquella mediación que la Iglesia confiesa y proclama respecto a ella»<sup>74</sup>. Esta cooperación de María se inicia con el consentimiento que otorga en la Anunciación, como han señalado desde antiguo los Santos Pa-

69. L. G., n. 62.

70. Cfr. R. M., n. 38.

71. Card. J. RATZINGER, *Discorso di presentazione della Enciclica «Redemptoris mater» ai giornalisti nella Sala Stampa della Santa Sede*, en AA. VV., *La Madonna a vent'anni del Concilio*, Napoli-Roma 1987, p. 16.

72. R. M., n. 38.

73. *Ibid.* En el n. 39, vuelve a calificarla de «especial y excepcional». La Encíclica resalta estas características a la vez que muestra, en sus nn. 39-41, las diferentes etapas por las que atraviesa la mediación materna de la Virgen.

74. R. M., n. 39.

dres<sup>75</sup> y como recuerda la Encíclica: «el primer momento de la sumisión a la única mediación entre Dios y los hombres —la de Jesucristo— es la aceptación de la maternidad de la Virgen de Nazaret»<sup>76</sup>.

El consentimiento que dio Santa María fue «*fruto de la donación total a Dios en la virginidad*». María aceptó la elección para Madre del Hijo de Dios, guiada por el amor esponsal, que consagra totalmente una persona humana a Dios»<sup>77</sup>. Esta actitud de entrega, de donación total de sí a la voluntad de Dios, explica también «su participación materna en la vida de Jesucristo, su Hijo» y su «*cooperación* materna en toda la misión del Salvador mediante sus acciones y sufrimientos»<sup>78</sup>. Su amor esponsal y su colaboración materna en la obra de Cristo desembocan en la maternidad espiritual, y «Jesucristo, como respuesta a esta disponibilidad interior de su Madre, *la preparaba* cada vez más a ser para los hombres madre en el orden de la gracia»<sup>79</sup>. Es una disponibilidad que crece como fruto de la ardiente caridad de la que iba colmándose cada vez más<sup>80</sup>.

El segundo rasgo que caracteriza la mediación subordinada de la Virgen es la universalidad. «*Entregada por su Hijo como madre a la Iglesia naciente*»<sup>81</sup>, comienza a formarse una relación especial entre ella y la Iglesia: «María, que desde el principio se había entregado sin reservas a la persona y obra de su Hijo, no podía dejar de volcar sobre la Iglesia esta entrega suya materna. Después de la ascensión del Hijo, su maternidad permanece en la Iglesia como mediación materna; intercediendo por todos sus hijos, la madre coopera en la acción salvífica del Hijo, Redentor del mundo»<sup>82</sup>.

La universalidad de la mediación de la Virgen tiene dos aspectos, que la Encíclica señala. Por un lado, se refiere a todos los hombres: «con la muerte redentora de su Hijo, la mediación materna de la esclava del Señor alcanzó una dimensión universal, porque la obra de la redención abarca a todos los

75. Cfr. L. G., n. 56.

76. R. M., n. 39.

77. *Ibid.*

78. *Ibid.*

79. *Ibid.* El Papa cita aquí algunos textos de la Escritura que aluden a este tema, y que ha examinado con detalle en el tercer párrafo de la primera parte de la Encíclica: nn. 20 a 24. El Santo Padre se refiere también en este n. 39 a cómo por la plenitud de gracia y de vida sobrenatural, que ya la adornaban en el momento de la Anunciación, la Virgen «estaba particularmente predispuesta a la cooperación con Cristo, único mediador de la salvación humana». Y concluye: «tal *cooperación es precisamente esta mediación subordinada* a la mediación de Cristo».

80. Cfr. R. M., n. 39.

81. R. M., n. 40.

82. *Ibid.*

hombres»<sup>83</sup>. Por otro lado, abarca toda la historia de la salvación, pues, como dice citando el n. 62 de *Lumen gentium*, «esta maternidad de María en la economía de la gracia *perdura sin cesar...* hasta la consumación perpetua de todos los elegidos»<sup>84</sup>. Estos aspectos de la mediación de la Virgen resaltan más aún la eficacia de la mediación única y universal de Cristo: «la cooperación de María *participa*, por su carácter subordinado, *de la universalidad de la mediación del Redentor*»<sup>85</sup>.

Un tercer rasgo con el que la Encíclica caracteriza la mediación de la Virgen es el tratarse de una mediación de intercesión. Como enseña el Concilio, «asunta a los cielos, no ha dejado esta misión salvadora, sino que con su múltiple intercesión continúa obteniéndonos los dones de la salvación eterna»<sup>86</sup>. Esta mediación de intercesión es perenne: «se manifestó por primera vez en Caná de Galilea» y «continúa en la historia de la Iglesia y del mundo»<sup>87</sup> hasta la consumación de los siglos.

Señala también la Encíclica otros dos aspectos de esta mediación de Santa María. Asunta ya a los cielos, «contribuye *de manera especial a la unión de la Iglesia peregrina en la tierra con la realidad escatológica y celestial de la comunión de los santos*»<sup>88</sup>. Con la Asunción «se han realizado en María todos los efectos de la única mediación *de Cristo Redentor del mundo y Señor resucitado*»<sup>89</sup>. Con este misterio de la Asunción se conecta también la fe de la Iglesia en la particular función materna que la Virgen, unida de modo tan singular a Cristo en su primera venida, desarrollará en la venida definitiva: su mediación de intercesión será mediación de clemencia<sup>90</sup>.

Con la asunción de la Virgen se relaciona asimismo el misterio de su glorificación: «La Madre de Cristo es glorificada como Reina universal»<sup>91</sup>. La gloria de servir —reinar es servir— no cesa en la exaltación real de la esclava

83. *Ibid.*

84. *Ibid.* Este mismo texto es citado en el n. 22 de la Encíclica, donde se subraya el carácter de mediación materna que se delinea en la actuación de María durante las bodas de Caná.

85. *Ibid.*

86. L. G., n. 62. El Concilio no quiso dilucidar la naturaleza de esta influencia materna de la Virgen desde el cielo, es decir, el tipo de causalidad que ejerce. Tampoco la Encíclica lo hace. Cfr. el respecto, D. BERTETTO, o. c., pp. 283 ss.; S. MEO, *Mediatrice*, en «Nuovo Dizionario de Mariologia», o. c., pp. 922 ss.; G. PHILIPS, o. c. en nota 5, t. II, pp. 332 ss.

87. R. M., n. 40. Cfr. también los nn. 21 y 22.

88. R. M., n. 41.

89. *Ibid.*

90. Cfr. R. M., n. 44.

91. R. M., n. 41.

del Señor. «Asunta a los cielos, ella no termina aquel servicio suyo salvífico, en el que se manifiesta la mediación materna, hasta la consumación perpetua de todos los elegidos»<sup>92</sup>. Parte de este servicio real es precisamente su mediación materna, que también en esta fase «sigue estando subordinada a aquel que es el único Mediador, *hasta la realización definitiva de la plenitud de los tiempos*»<sup>93</sup>.

### 7. *María en la vida de la Iglesia y de los cristianos*

El Santo Padre aborda a continuación numerosos temas: el culto mariano, la relación entre la Virgen fiel y el matrimonio y la donación a Dios en el celibato *propter regnum coelorum*, la particular relación entre el culto eucarístico y Santa María, etc.<sup>94</sup>. El argumento principal, sin embargo, nos parece que es el de María, tipo y modelo de la Iglesia.

El Concilio Vaticano II recordaba en el capítulo VIII de *Lumen gentium* que María es tipo de la Iglesia<sup>95</sup>. Enseña la Encíclica que «como virgen y madre, María es para la Iglesia un modelo perenne. Se puede decir, pues, que, sobre todo según este aspecto, es decir como modelo o, más bien como figura, María, presente en el misterio de Cristo, está también constantemente presente en el misterio de la Iglesia. En efecto, también la Iglesia es llamada madre y virgen»<sup>96</sup>.

María es, pues, tipo de la Iglesia, que es también Virgen y Madre: «*Maria è Madre-vergine in modo reale e concreto in quanto ha concepito e generato il Figlio di Dio incarnato, non ad opera d'uomo ma dello Spirito Santo.*

92. *Ibid.*

93. *Ibid.*

94. Cfr. B. BILLET, *L'encyclique Redemptoris Mater*, en «Esprit et Vie» 97 (1987) 343 ss.

95. Cfr. L. G., n. 63. Conviene distinguir «tipo» de «modelo», pues no son términos equivalentes. El término tipo (aplicado a María tiene su origen en S. Ambrosio, cfr. *Exp. Ev. Lc.*, II, 7; CSEL 32/4, 45) tiene una carga simbólica. El tipo es símbolo, figura del antitipo, y en este sentido prefigura otra realidad. El modelo, en cambio, se sitúa más bien en la línea de la causalidad ejemplar, de algo que hay que imitar. Cfr. sobre estos aspectos, S. MEO, *Il tema Maria-Chiesa nel recente magistero ecclesiastico: contenuto e terminologia*, en AA. VV., *Maria e la Chiesa oggi*, Roma-Bologna 1985, pp. 54 ss.; A. MOLINA PRIETO, *Ejemplaridad de María y modelos tipológicos de la Iglesia*, en *Scripta de Maria* 5 (1982) 421-460; J. GALOT, *Maria, tipo e modello della Chiesa*, en AA. VV., *La Chiesa del Vaticano II*, Firenze 1967, pp. 1156-1171; B. GHERARDINI, *Chiesa*, en «Nuovo Dizionario di Mariologia», o. c., pp. 356-359.

96. R. M., n. 42.

Anche la Chiesa è madre, ma in senso analogico, in quanto con la predicazione ed il battesimo genera ad una vita nuova ed immortale i figli, concepiti ad opera dello Spirito Santo e nati da Dio. Essa pure è vergine, in quanto ad imitazione di Maria, con la virtù dello Spirito Santo, conserva integra la fede, solida la speranza, sincera la carità»<sup>97</sup>.

La Encíclica recoge, siguiendo de cerca las enseñanzas del Concilio Vaticano II, estas semejanzas que se dan entre María y la Iglesia: «Se puede afirmar que la Iglesia aprende también de María la propia maternidad (...). Si la Iglesia es signo e instrumento de la unión íntima con Dios, lo es por su maternidad, porque, vivificada por el Espíritu, engendra hijos e hijas de la familia humana a una vida nueva en Cristo. Porque, al igual que *María está al servicio del misterio de la encarnación*, así *la Iglesia permanece al servicio del misterio de la adopción como hijos* por medio de la gracia»<sup>98</sup>. Recuerda también que la Iglesia llega a ser Madre cuando, al igual que María, «*acogiendo con fidelidad la palabra de Dios* por la predicación y el bautismo *engendra para la vida nueva e inmortal a los hijos concebidos por el Espíritu Santo y nacidos de Dios*»<sup>99</sup>. Por eso, como recuerda la Encíclica, citando el n. 65 de *Lumen gentium*, «la Iglesia mira hacia aquella que engendró a Cristo, concebido por el Espíritu Santo y nacido de la Virgen, precisamente para que por la Iglesia nazca y crezca también en los corazones de los fieles».

En segundo lugar, la virginidad de María y la de la Iglesia. Como María, la Iglesia es la Virgen fiel a Cristo, su Esposo. Y es fiel en los dos sentidos a que alude el Concilio: en el sentido de la fe prometida a Cristo —«también ella es virgen que custodia pura e íntegramente la fe prometida al Esposo»<sup>100</sup>—, y en el sentido de «la fe recibida de Cristo»<sup>101</sup> —«la Iglesia conserva virginalmente una fe íntegra»<sup>102</sup>—, pues «está dedicada a custodiar la Palabra de Dios, a indagar sus riquezas con discernimiento y prudencia»<sup>103</sup>.

Además de tipo, la Virgen es también modelo. «María está presente en el misterio de la Iglesia como *modelo*»<sup>104</sup>. Es modelo de santidad: «La Igle-

97. S. MEO, o. c. en nota 95, pp. 55-56.

98. R. M., n. 43.

99. R. M., n. 43. En este sentido, la Encíclica expone con mayor claridad de cuanto lo hiciera la L. G., nn. 63-65 el paralelismo tipológico entre María y la Iglesia. Cfr. al respecto, S. MEO, o. c. en nota 95, pp. 56 ss.

100. L. G., n. 64.

101. R. M., n. 43.

102. L. G., n. 64.

103. R. M., n. 43.

104. R. M., n. 44.

sia se encuentra con María e intenta asemejarse a ella»<sup>105</sup>, en la fe, en la esperanza y en la caridad.

Después de haber expuesto la doctrina de la Virgen como tipo y modelo de la Iglesia, el Papa insiste de nuevo en la maternidad de María y de la Iglesia. En este punto, tanto el concepto de tipo como el de modelo se quedan en cierto modo estrechos: «el misterio de la Iglesia consiste también en el hecho de engendrar a los hombres a una vida nueva e inmortal: es su maternidad en el Espíritu Santo. Y aquí María no es sólo modelo y figura de la Iglesia, sino mucho más»<sup>106</sup>. En qué consista ese «más» lo explica a continuación, comentando las palabras de la Constitución dogmática *Lumen gentium*, «a cuya generación y educación (de los fieles) coopera con amor materno»<sup>107</sup>: «La maternidad de la Iglesia se lleva a cabo no sólo según el modelo y la figura de la Madre de Dios, sino también con su cooperación. La Iglesia recibe copiosamente de esta cooperación, es decir de la mediación materna, que es característica de María»<sup>108</sup>.

La maternidad de María no es una realidad que se esfuma en el número incontable de hombres hijos suyos, algo que termina en el anonimato o que puede favorecerlo, porque «es esencial a la maternidad la referencia a la persona. La maternidad determina siempre una relación única e irrepetible entre dos personas: la de la madre con el hijo y la del hijo con la Madre»<sup>109</sup>. Y en el orden de la gracia sucede lo mismo. Esta maternidad de María, que, al pie de la Cruz, «se convierte en herencia del hombre, es un don: un don que Cristo mismo hace personalmente a cada hombre»<sup>110</sup>. La respuesta al amor singular de nuestra Madre es la entrega: «la dimensión mariana de la vida de un discípulo de Cristo se manifiesta de modo especial precisamente mediante esta entrega filial respecto a la Madre de Dios, iniciada con el testa-

105. *Ibid.*

106. R. M., n. 44.

107. L. G., n. 63.

108. R. M., n. 44. El Papa señala a continuación cómo esa maternidad, que es maternidad en el orden de la gracia, nacida de lo profundo del misterio pascual del Redentor, al pie de la Cruz (Jn 19, 26-27), es vivida particularmente por el pueblo cristiano en la Santa Misa, renovación incruenta del Sacrificio del Calvario, durante la cual se hace presente el verdadero cuerpo de Cristo nacido de María Virgen. Cfr. J. A. de ALDAMA, *Eucaristía y Maternidad divina, dos temas conexos en la literatura eclesialística*, en «Scripta de Maria» 2 (1979) 37-58.

109. R. M., n. 45. La irrepetibilidad de esta relación de María con cada uno de sus hijos, se subraya por el hecho de que la nueva maternidad de la madre del Señor «haya sido expresada en singular, refiriéndose a un hombre: Ahí tienes a tu hijo».

110. R. M., n. 45.

mento del Redentor en el Gólgota»<sup>111</sup>. Esta entrega se ha ejercido y expresado a lo largo de la historia de la Iglesia de muy diversas maneras, tanto en el plano personal como en el colectivo<sup>112</sup>.

Se trata de una relación que nacida de Cristo, que dona su Madre a los hombres, converge también hacia El: «esta relación filial, esta entrega de un hijo a la Madre no sólo tiene *su comienzo en Cristo*, sino que se puede decir que definitivamente *se orienta hacia él*»<sup>113</sup> y al mismo tiempo es una relación que nace *in Ecclesia*: «María acoge, con su nueva maternidad en el Espíritu, a todos y cada uno *en la Iglesia*, acoge a todos y a cada uno *por medio de la Iglesia*»<sup>114</sup>. Se explica así que la verdad sobre la Santísima Virgen constituya un medio eficaz para profundizar en la verdad sobre Cristo y sobre la Iglesia.

## 8. *El sentido del Año Mariano*

Explica el Santo Padre al final de la Encíclica que ha sido precisamente la consideración del vínculo especial que une a los hombres con María, Madre de la humanidad y abogada de gracia, lo que le ha movido «a proclamar en la Iglesia, en el período que precede a la conclusión del segundo Milenio del nacimiento de Cristo, un Año Mariano»<sup>115</sup>. Entre las finalidades de este Año Mariano —dice el Papa— se encuentra el promover una nueva y profunda relectura de lo que el Concilio Vaticano II ha enseñado sobre la Santísima Virgen, y esto a dos niveles: el de la doctrina de fe y el de la vida de fe, en su doble vertiente de la espiritualidad mariana y de la devoción mariana<sup>116</sup>. Mediante este Año Mariano, la Iglesia es también llamada «no sólo re-

111. *Ibid.*

112. El Santo Padre recordará más adelante la figura de S. Luis María Grignon de Montfort, «el cual proponía a los cristianos la consagración a Cristo por manos de María, como medio eficaz para vivir fielmente el compromiso del bautismo»: R. M., n. 48, p. 104; cfr. J. IBAÑEZ-F. MENDOZA, *Consagración mariana y culto de esclavitud*, en «Scripta de Maria» 9 (1986) 27-37; A. BANDERA, *La Consagración a la Virgen. Persona-Iglesia-Humanidad*, en «Ephemerides Mariologicae» 33 (1983) 379-415; A. RIVERA, *Boletín bibliográfico de la Consagración a la Virgen*, en «Ephemerides Mariologicae» 34 (1984) 125-133.

113. R. M., n. 46.

114. R. M., n. 47, p. 101. El Papa recuerda en este número la proclamación que Pablo VI hizo de Santa María como Madre la Iglesia el 21-XI-64, ratificada en su «Solemne Profesión de Fe», n. 15., de 30-VI-68; cfr. AAS 60 (1968) 438-439; cfr. J. M. SALGADO, *La maternité spirituelle de la Tres Sainte Vierge Marie. Bilan actuel*, en «Ephemerides Mariologicae» 20 (1970) 281-349.

115. R. M., n. 48.

116. Cfr. *Ibid.*

cordar todo lo que en su pasado testimonia la especial y materna cooperación de la Madre de Dios en la obra de la salvación en Cristo Señor, sino además a preparar, por su parte, cara al futuro las vías de esa cooperación»<sup>117</sup>.

## 9. Conclusión

Llegados a este punto podemos preguntarnos cuáles son las características más destacadas de la segunda y tercera Parte de la Encíclica —que constituían el objeto de este comentario—, cuáles son las principales ideas, las perspectivas teológicas más importantes que, a nuestro juicio, el Papa ha resaltado en ellas.

Algunos rasgos son, en realidad, comunes a toda la Encíclica, por lo que también se reflejan aquí. La Encíclica, por ejemplo, se presenta como un comentario detallado del capítulo octavo de la Constitución Dogmática *Lumen gentium*<sup>118</sup>. Por otro lado, las dos últimas partes, al igual que la primera —donde resalta quizá de modo particular por su misma estructura—, están profundamente enraizadas en la Sagrada Escritura. Este modo de presentar la doctrina católica sobre la Santísima Virgen la hace también más accesible desde un punto de vista ecuménico. Es igualmente notable el aire contemplativo que se respira a lo largo de la Encíclica, que aparece como fruto de la oración del Santo Padre<sup>119</sup>.

Con este trasfondo, puede quizá decirse que el punto más relevante de la segunda parte de la Encíclica es el hincapié que se hace en la figura de María como Madre común de todos los cristianos, que reza por la unidad de la familia de Dios. En el marco del empeño ecuménico que caracteriza a la Iglesia en nuestra época, el Papa presenta a Santa María como punto de encuentro, no de división, precisamente por la estrecha relación que existe en-

117. R. M., n. 49, p. 105.

118. En el discurso con el que el Santo Padre presentó la Encíclica en la fiesta de la Anunciación, durante la Audiencia General del 26-III-87, decía: «È una meditazione che ripercorre e, per certi aspetti, approfondisce il magistero conciliare, specificamente il capitolo ottavo della costituzione dogmatica *Lumen gentium*, sulla Beata Vergine Maria, Madre di Dio nel mistero di Cristo e della Chiesa», en «L'Osservatore Romano», 26-III-87, p. 10.

119. En el discurso que acabamos de citar en la nota anterior, el Papa decía: «L'ho pensata da tempo. L'ho coltivata a lungo nel mio cuore (...) Quest'Enciclica consiste sostanzialmente in una meditazione sulla rivelazione sul misterio di salvezza, che a Maria è stato comunicato all'alba della redenzione». Cfr. S. de FIORES, *Maria nella teologia contemporanea*, Roma 1987, pp. 548 ss.

tre la doctrina sobre la Encarnación y la doctrina sobre Santa María. Esta relación, en virtud de la cual ambos misterios mutuamente se iluminan, no oscurece en modo alguno la subordinación de María a Cristo, a la vez que pone de manifiesto la singularidad de su cooperación con Cristo en la obra de la salvación.

La tercera parte de la Encíclica gira en torno a la mediación materna de la Virgen. Si bien ya el Concilio Vaticano II y otros Pontífices habían tratado de la mediación de María, podemos de todos modos decir que es la primera vez que este tema es desarrollado tan ampliamente en un documento magisterial. La importancia que reviste desde el punto de vista ecuménico es evidente. El punto más característico de esta mediación es el hecho de tratarse de una intercesión materna, dirigida a la generación y formación de los cristianos. Es una profundización en la maternidad espiritual de la Virgen. Esta maternidad espiritual de Santa María, que tiene su fundamento en su maternidad divina, es la que explica la especial presencia de María en la vida de la Iglesia y de los cristianos.

J. A. Riestra  
Centro Accademico Romano  
della Santa Croce  
ROMA

